

La Tarta de Manzana

Claire Martín Hernández

Con energía, se puso el delantal negro recién planchado, levantó el cuello de su camisa blanca y se arremangó. Respiró hondo, el tiempo necesario para entrar totalmente en su mundo, y abrió la nevera. A ver, ¿qué tengo aquí? Un resto de arroz basmati con finas hierbas. Acelgas frescas, calabacines redondos, unos tomates no demasiados maduros, media piña, atún, champiñones, tres pimientos amarillos y cuatro aguacates listos para comer. Prohibido tocar las manzanas, las utilizaré para el almuerzo de mañana. Lo mismo con las peras y la nata. Bueno. Pimientos rellenos. Sacó la mitad de lo que tenía en los compartimentos y mientras las cebollas doraban en la sartén, cortó los calabacines en dados, la piña en rebanadas finas y los champiñones y los aguacates en trocitos. Cinco minutos para removerlo todo. Le dio justo el tiempo a beber un vaso de agua. Tenía muchísimo calor de tanto moverse. Espolvoreó las verduras fritas con albahaca, tomillo, perejil, orégano y un pellizco de pimienta. Añadió el atún que había preparado y limpiado meticulosamente. En veinte minutos lo tenía todo listo. Confec-

cionó delicadamente una colina de arroz al lado de la espléndida pimienta amarilla dorada. Como última pincelada del plato, utilizó una hoja de hierbabuena a modo de decoración sobre la cual añadió una rebanada de piña y un corazón de champiñón. Empezaban a aparecer gotas de sudor en sus sienes. Maldito fuego y maldita calefacción a tope que no se podía bajar de ninguna manera. Siempre acababa empapado pero con una presentación impecable.

La mesa estaba puesta con el mantel rojo que tanto le gustaba. Faltaba el vino, lo tenía que ir a buscar a la bodega. Se quitó el delantal, calado, fregó los platos y lo que había utilizado, limpió el escurridor y los fuegos, cada detalle, frotó la campana que ni siquiera había utilizado, y por fin pasó un trapo limpio encima de la mesa y de cada silla. Última ojeada. Todo perfecto. Ya podía ir a ducharse.

Levaba casi una hora sentada, jugando con los cubiertos y las servilletas de colores. Mirándole. Había llegado puntual, como siempre. En seguida él se había



puesto manos a la obra. Con el ruido de los cacharros, no se podía mantener una conversación fluida. Pero mientras corría de un lado a otro de la cocina, le miraba con cariño. Cocinaba con su corazón. En cada composición artística, cada detalle tenía una importancia capital.

No era muy alto pero el traje de cocinero le ponía en valor su silueta esbelta. Tenía el pelo negro y solía llevar una barba de varios días, falsamente descuidada. Le gustaba su mirada, negra y luminosa a la vez, su sonrisa honesta y tranquilizadora, pero sobre todo sus manos. Tenía manos de pianista, grandes, alargadas, con las uñas perfectas, unas manos cálidas, expresivas y acogedoras. Fuertes pero suaves. Le apasionaba descifrar este lenguaje corporal tan peculiar que tantas cosas confiaba. Él abría cada uno de sus encuentros con un monólogo, un flujo imparable de palabras, saltando de un tema a otro aunque con cierta lógica. Así era, no paraba de hablar hasta haber acabado el planteamiento de todas sus dudas referentes a los acontecimientos de los días anteriores y los que podrían ocurrir en un futuro más o menos cercano. Eran preguntas acerca de su restaurante, de los artículos que salían sobre él en la prensa, a veces de su ex mujer que no le quería dejar en paz. Dudas en cuanto a las oportunidades que aparecían. A las decisiones que tenía que tomar cuando tenía la sensación de elegir cada vez el camino equivocado. Incertidumbres múltiples. Al mismo tiempo, era perfectamente consciente de su gran talento y de sus capacidades. Era un fuera de serie. Y se lo había ganado a pulso.

Este jueves, como tenía dos días libres, había aprovechado el hueco en su agenda colapsada para invitarla a cenar. No hablaron mucho por teléfono porque ella estaba llorando. Sólo le dijo que sí y le colgó.

Volvió de la habitación descalzo, con el pelo húmedo. Miró hacia la mesa donde estaba sentada y miró las dos copas de vino llenas en la mesa.

«¿Cuál has abierto? » fueron las primeras palabras que dirigió hacia ella desde que le había abierto la puerta. Sabían que tenía que ser una elección errónea. ¿Por qué no le había esperado para abrir la botella? ¿Tan difícil era esperar cinco minutos más? Ya lo había estropeado todo. Con un vino inadecuado, el mejor plato del mundo no tiene ningún sentido. Hasta se puede convertir en un verdadero fracaso. « La que habías sacado y que estaba encima de los libros », le contestó sin darle a la pregunta la importancia esperada. Su rostro severo dejó aparecer una sonrisa dulce. No se acordaba que había sacado la botella antes de abrirla la puerta.

Por fin se sentó mientras ella le miraba, impaciente. « Buen provecho », soltaron a la vez. Y cada uno, con el mismo movimiento de cabeza, bajó la mirada para examinar detalladamente cada milímetro de comida que tenía en el plato. A ella le gustaba todo lo que él cocinaba. Sabores sencillos pero con mucha potencia cuando se asociaban con tanta ingeniosidad.

« Los aguacates se deshacen, hubiera tenido que cocinarlos ayer en vez de esperar. Siempre pasa lo mismo, no sé cómo lo hago. Bueno, es verdad que tú ayer no podías. Pero un guacamole hubiera sido una idea estupenda, ¿no? ¿Qué te parecen los aguacates? ¿A que están pasados? » Así empezó el inevitable momento del análisis.

Esta noche, no tenía hambre ni mucho interés en analizar lo que le había preparado. Estaba cansada de desmenuzar cada re-

ceta. Cansada de tener que contestar a sus preguntas, siempre las mismas, de decirle que no, que sus aguacates no estaban pasados, y que sí, que su plato estaba muy bueno. Esta noche no tenía la mente con suficiente energía como para concentrarse en unos elementos que de repente le parecían tan irrelevantes y secundarios.

«¿No te gusta? No comes nada. ¿Quieres pan? ¿Te saca pan tostado? Tengo pan con semillas de calabaza si quieres.» No contestó. Seguía comiendo mirando su vaso.

Él se levantó para llevar su plato vacío al lavavajilla. Se quedó de pie, apoyado contra la estantería del salón. Sacó su teléfono del bolsillo y lo encendió. Catorce mensajes. En apenas media hora. Desde luego, ya no queda tiempo para cocinar en esta sociedad 2.0. Todo se mueve tan rápido, y si no nos movemos al mismo tiempo que el mundo, nos perdemos. En definitiva, para él era un pretexto para comprarse el último juguete de Apple. Para estar conectado veinticuatro horas al día. ¿Por qué? ¿Con quién? No lo tenía claro. Pero el hecho de tener conexión le tranquilizaba. En realidad siempre navegaba en las mismas páginas y los mismos foros. No, no tenía ni un minuto para descansar o pensar en otras cosas. Sacaba fotos de todas sus creaciones, tenía miles y miles de fotos de platos guardadas en su ordenador. Ahora su mirada alternaba entre

la pantalla de su teléfono y el plato que ella no acababa.

Sus ojos iban y venían. Veredicto: hubiera tenido que añadir una hoja de laurel. Un siete, entonces. No estaba mal pero le faltaba algo. Hubiera podido hacer una crema con los aguacates. Esta idea tampoco le convenía. Al revés, el arroz era un éxito, con este toque de mantequilla. Se conectó a la web para publicar la nueva receta.

Apagó su móvil. Sus ojos volvieron a verla frente a él. Seguía sentada, con la misma mirada enigmática, dulce y comprensiva. Ahora se estaba dando cuenta de que todavía no había oído su voz. Ella se levantó y se sentó encima de la mesa, dejando sus piernas colgando. Tenía frío y estaba pensando en cómo iba a volver a su casa. Y decidió interrumpir el silencio. «¿Te puedo pedir algo?» Le sorprendió oírlo y levantó la cabeza en búsqueda de un indicio. «Claro», le contestó con seguridad. «Por favor, necesito que me abracés. ¿Me puedes estrechar fuerte entre tus brazos?» Lentamente y sin desviar la mirada, se acercó. En un movimiento lleno de ternura, apoyando las manos en sus hombros, la dejó apoyar su cabeza encima de su corazón. Escondida, mientras dejaba las lágrimas correr en sus mejillas, sentía esas manos acariciarle la espalda. Se hubiera quedado así toda la noche. Se sentía protegida. Pero sintió cómo se acercaban sus labios a su oído para murmurarle «¿quieres probar mi tarta de manzana?»